

Sala México, con la Piedra del Sol.

NOTAS DE ARTE

JUAN RAMIREZ DE LUCAS

LOS NUEVOS MUSEOS DE LA CIUDAD DE MEXICO, UN ALARDE DE INSTALACIONES MODELICAS

Todo en México es bastante sorprendente, tanto en lo positivo como en lo negativo. En este país no hay que tratar de buscar que las cosas sucedan con arreglo a una lógica que podríamos llamar habitual, pues casi siempre ocurre lo más imprevisto. Esta característica del país, que muy pronto percibe el viajero un poco observador, tiene a veces derivaciones tan gratas como de las que vamos a comentarles un poco.

De no tener ningún museo al que pudiera aplicársele dicha denominación con la exigencia que la moderna ciencia museística supone, la ciudad de México ha pasado a ocupar el primer lugar en el

mundo de instalaciones museales modélicas. Así, sin ninguna transición y en el transcurso de muy pocos meses. No tenemos noticia de que haya sucedido algo similar en ninguna otra nación, ni creemos que pueda repetirse el intento en cualquier otro sitio. Pero México es México y con este país todos los razonamientos fallan, en el caso que comentamos por fortuna.

El Museo Nacional de Antropología, el Museo de Arte Moderno, el Museo de la Ciudad de México, el Museo de Pintura Virreinal, cuatro Museos inaugurados en una ciudad en el transcurso de menos de dos meses. A éstos aún hay que añadir el Museo Nacional del Virreinato, inaugurado en ese mismo período de septiembre a octubre de 1964, y que aunque no está situado en el casco mismo de la capital

mexicana, su cercanía a la misma hace que este Museo pueda considerarse también formando parte de este regalo portentoso que el final de la administración del Presidente López Mateos ha hecho al Distrito Federal mexicano.

Cinco Museos son muchos Museos para ser inaugurados en pocos días, pero la hazaña cobra toda su magnitud sabiendo que cada uno de ellos puede ponerse como ejemplo de logro conseguido. Y es más inexplicable que todo se haya hecho al final de un período presidencial, a los pocos días vista de la toma de posesión del nuevo Presidente.

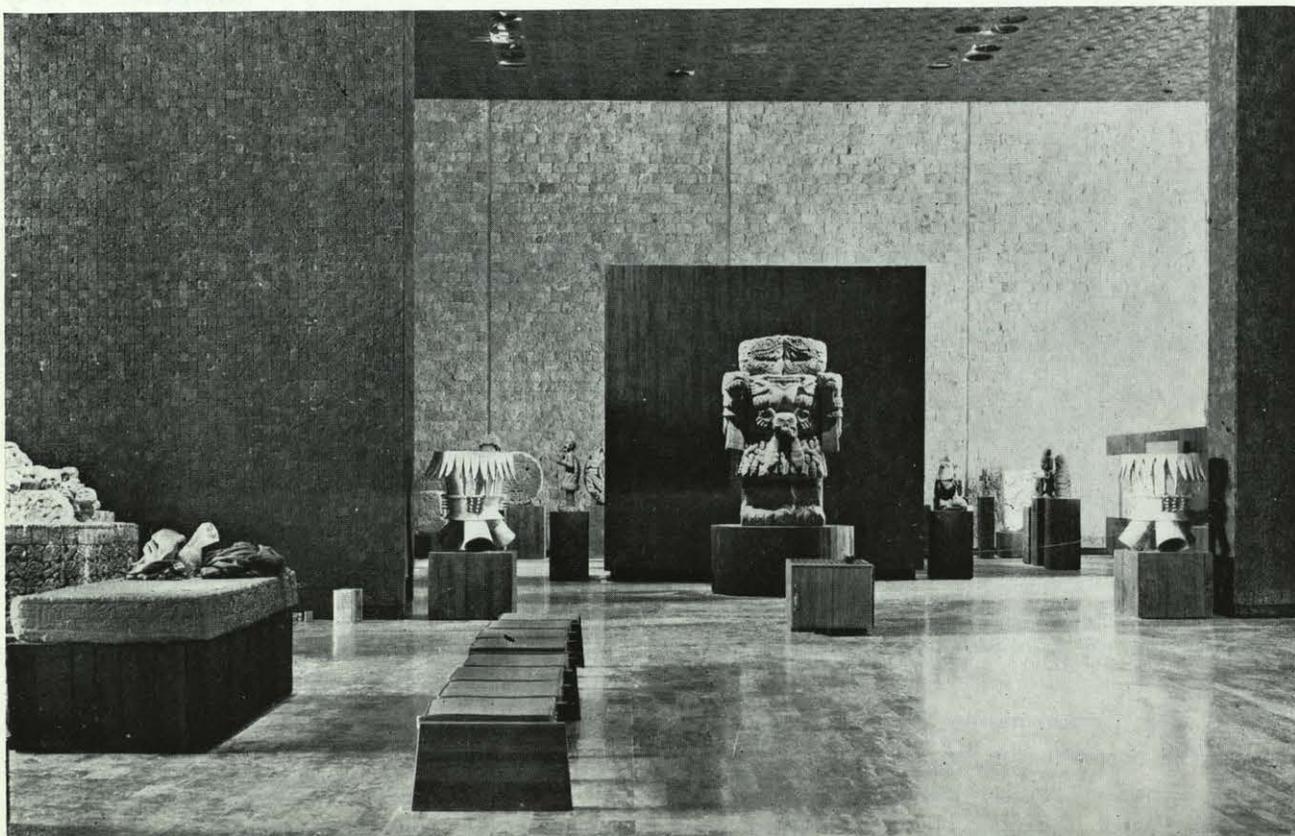
Como es natural, no todos estos Museos son igualmente importantes, pero lo que sí es digno de resaltar es la decisión, desde arriba, de solucionar de una vez para siempre el déficit museal de la capital de un país tan rico en arqueología y arte de muy diversas épocas históricas. Decisión y solución. Habría que conocer los pormenores de esta verdadera carrera contra reloj para inaugurar cinco Museos en unas fechas determinadas, porque estos pormenores nos darían la clave de todo lo que a primera vista parece increíble. Y no cinco Museos cualesquiera, cinco obras de magnitud considerable, cada una de las cuales ha precisado de muchos esfuerzos conjuntos y de muchas horas de trabajo y preparación.

Por su ambicioso programa, por el volumen de la edificación, por lo que supone de avance en la técnica de presentarlo, por sus bellezas arquitectónicas

y arqueológicas, destaca de este quinteto museal el Museo Nacional de Antropología, inaugurado oficialmente con toda solemnidad el 17 de septiembre de 1964. Las etapas para lograrlo se quemaron con rapidez: en el acto de iniciación del XXXV Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en México el 20 de agosto de 1962, se dió a conocer la decisión del Presidente López Mateos de construir el nuevo Museo de Antropología. En febrero de 1963, o sea seis meses más tarde, se inició la construcción no con la primera piedra simbólica, sino hincando los pilotes que el débil subsuelo mexicano precisa. Diecinueve meses después, septiembre del 64, el Museo quedaba abierto a la admiración de expertos de todo el mundo.

La tarea había sido ardua. Para conseguirla, cuarenta especialistas dieron sus informes para obtener las necesidades que debía cubrir el programa arquitectónico y las diversas salas específicas que debería tener el Museo. El traslado de piezas valiosas desde todos los puntos del país, algunas de ellas tan extraordinarias como el monolito de Coatlinchan, un tosco dios en granito con peso cercano a las doscientas toneladas. Intensificar las exploraciones arqueológicas, en las doce mil estaciones de este tipo registradas en todo el país, con objeto de desenterrar objetos que complementasen el conocimiento de las varias culturas que se han sucedido en territorio mexicano. Capacitación de 200 obreros especiali-

Sala México, con la diosa Coatlicue.

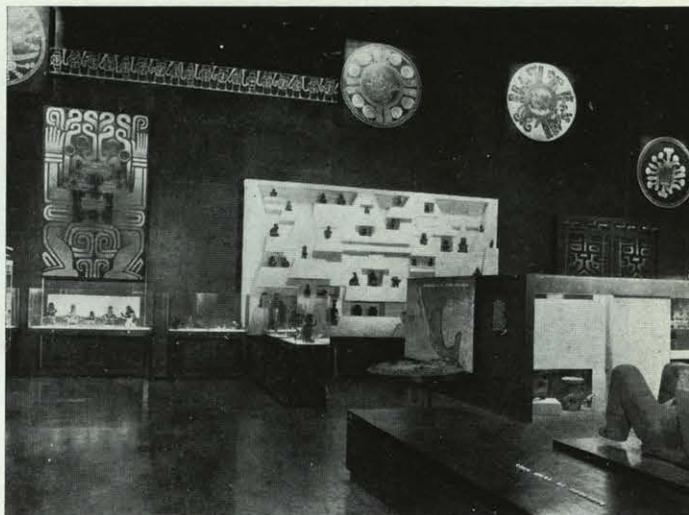


zados en la construcción de maquetas de plástico y otros materiales. Seleccionar un grupo de cincuenta guías que gratuitamente explican al público visitante las diferentes salas. Realización de setenta viajes al interior de la república con orden de comprar todo el material interesante desde un punto de vista etnográfico, con el propósito de preservarlo en su pureza, ya que el desarrollo económico e industrial del país acabará por hacer desaparecer las costumbres que hasta ahora conservaron los indios. Adquisición por compra, donativos y préstamos, de piezas fundamentales dispersas por todos los estados mexicanos hasta la cifra de tres mil quinientas. Clasificación de todos los fondos del Museo, tarea en la que se emplearon por primera vez los sistemas electrónicos, y la publicación posterior de dos gruesos volúmenes-catálogos.

El resultado de esta tarea ingente, llevada a cabo en los cortos plazos señalados, fué el edificio que se alza en el bosque de Chapultepec, en pleno centro de la ciudad, con una extensión de 44.000 metros cuadrados cubiertos, 35.700 metros cuadrados de áreas descubiertas, 13.100 metros cuadrados de estacionamiento de coches y 33.660 metros cuadrados de jardinería exterior. Y hay que reconocer que los resultados son para enorgullecer a cualquiera. Un exterior muy sobrio y cerrado, de altos muros ciegos tratados en piedra volcánica sin pulimentar, una espaciosa entrada diáfana toda ella en mármol blanquísimo, sobre la que campea tallada la orgullosa águila del escudo mexicano. Nada más trasponer esta entrada comienzan las innumerables sorpresas que el Museo Nacional de Antropología reserva al visitante. Un lujo de materiales verdaderamente insólito en esta clase de edificios, mármoles, piedras de una profusión increíble, acero, cobre, cristal, pinturas murales, maderas, en fin todo el repertorio que brinda la moderna construcción, y en este caso sin limitación de presupuesto.

Pieza fundamental de la composición arquitectónica es el grandísimo patio central, en gran parte cubierto por el gigantesco parasol-fuente, al que se abre la entrada de todas las salas de que consta el Museo. Este patio cumple varias misiones bien estudiadas y solucionadas, pero no es la menor el obligar al visitante a salir a él de cuando en cuando acabado el recorrido de alguna de estas salas, con lo que se consigue que la atención concentrada en la admiración museal se refresque y sea apta para nuevos estímulos, evitando la fatiga que siempre ronda por los museos muy extensos y valiosos.

El recorrido al Museo se comienza por una sala de carácter general llamada "Introducción a la Antropología", en la que de una manera clara y didáctica se dan las normas fundamentales de lo que esta ciencia supone. Sobre el mármol blanco que sirve de dintel a esta entrada hay grabados unos versos muy oportunos, los cuales demuestran hasta qué



Salas de Arqueología.

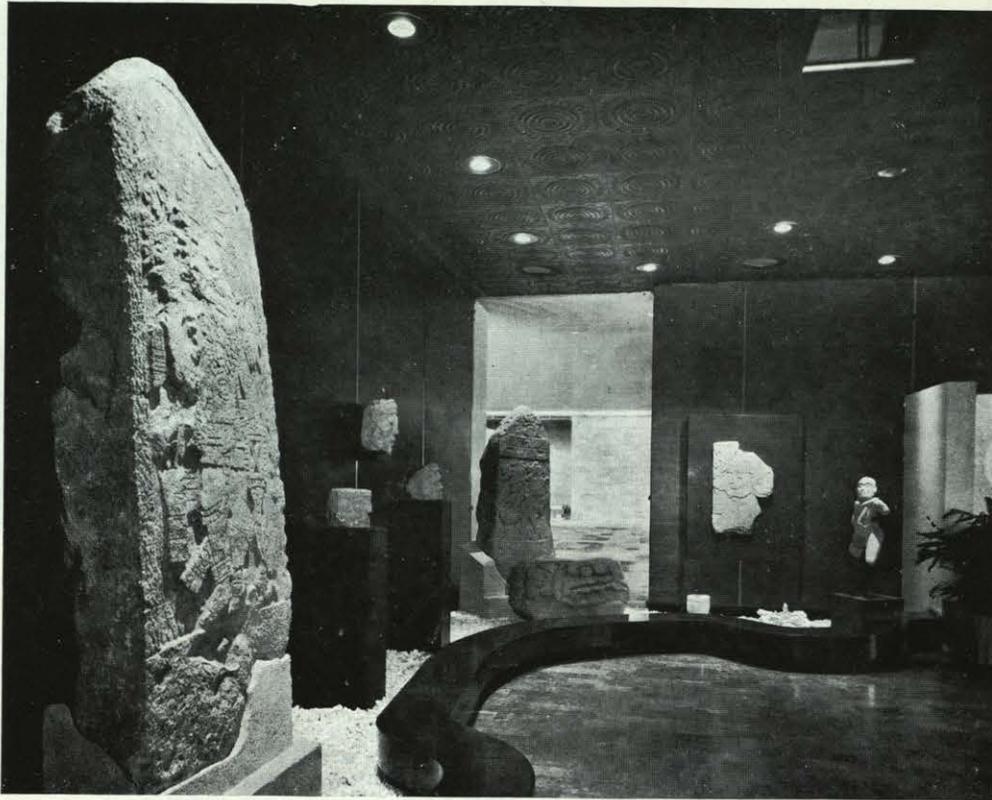
punto se han cuidado los detalles en este edificio. Dicen los versos:

¿Solo así he de irme?
¿Como las flores que perecieron?
¿Nada de mi fama aquí en la tierra?
¡Al menos flores, al menos cantos!

Estos versos están tomados de uno de los monumentos literarios más antiguos del país mexicano, los llamados "Cantos de Huexotzingo", de la época precortesiana, y conservan una frescura y un encanto inmarchitable que son patrimonio de la buena poesía.

Las salas siguientes de la planta baja son las que se enumeran: "Mesoamérica", "Los orígenes del pueblo americano", "Civilización Teotihuacan", "Civilización Tolteca", "Sala central México", "Sala Oaxaca", "Sala Golfo de México y Oaxaca", "Sala Maya", "Sala Norte", "Sala Occidente". En cada una de estas salas se presenta la civilización que se quiere mostrar desde un punto de vista agrícola, tipo físico e indumentaria, sociedad, religión, vida diaria, conocimientos, guerra y tributos, arte. O sea que el Museo se ha procurado que sea ante todo didáctico, instructivo, no sólo esos almacenes de antigüedades que son la





Sala Maya

mayor parte de las veces los Museos arqueológicos, de los que se sale sin ninguna idea clara de las culturas y civilizaciones que se han sucedido en un país.

En la parte superior del edificio mexicano se ordenan las salas dedicadas a la Etnografía, tan sorprendentes o más que las arqueológicas, ya que aquí es la vida actual del indígena mexicano la que se muestra, con su increíble artesanía, que se desarrolla la mayoría de las veces en unas condiciones de vida poco envidiables. También hay aquí una sala general de introducción a la Etnografía en la que se recogen los tipos físicos actuales de México, lingüística, indumentaria, agricultura, alimentación, caza y pesca, culto a los muertos, artesanías, medios de vida, magia y religión, cargos religiosos (tan importantes en la vida indígena), celebraciones, danza, música, demografía.

Todo lo que puede darnos una idea clara de lo que supone la vida de estas diferentes agrupaciones humanas con características propias que forman el mosaico etnográfico de la República mexicana. Es verdaderamente un espectáculo fascinante el que se despliega ante nuestros ojos, pues es muy difícil que exista en una extensión territorial semejante tal variedad y diversidad de costumbres humanas. Los pueblos Coras y Huicholes, que radican en Michoacán, el pueblo Purupechas o Tarascos, los Otomíes, los Nahuas, Totonecos, Tepehua, que habitan la Sierra de Puebla. Los pueblos Mixes, Chinantecos, Chicatecos, Mazatecos, Mixtecos, Triques, Tacuates, que pueblan la región de Oaxaca. Los Totonacos, Huastecos, Mayas, Chontales, Lacandones, Choles, Chiapas, que aún

están en la región del Golfo. Los indígenas que viven en la Baja California, Sonora, y Sinaloa, o sea los indios Tarahumaras y Yaquis. ¿Verdad que nos resultan desconocidos la mayoría de estos nombres? Pues más desconocida es la vida de todas estas personas que no son simples referencias del pasado, sino pueblos que afanan y laboran en qué sabe qué rincones inaccesibles. Mostrarlo a nuestros ojos, hacernos partícipes en cierta manera de esa vida ignota y desacostumbrada, es la tarea que cumple la sección de Etnografía del Museo Nacional de Antropología de la ciudad de México.

Queda así el pasado enlazado con el presente, el hoy con el ayer, la vida que aún fluye con la que se paralizó hace tiempo. Porque no hay nada más triste que un Museo muerto, un museo que no tiene vitalidad y que sólo queda como almacén de antigüedades más o menos valiosas. Vitalizar los Museos, darles vida como seres que son autónomos, he ahí una tarea envidiable que con tan buena fortuna se ha iniciado ahora en México, en el Museo de Antropología tan admirablemente resuelto por el arquitecto Ramírez Vázquez, el cual quedará como un modelo de lo que un museo debe ambicionar y ser.

De los otros Museos inaugurados hace poco en la capital mexicana, aunque llenos de aciertos parciales, no puede hablarse con tan encendido elogio como del de Antropología, aunque será necesario insistir sobre los demás en otra ocasión, ya que la labor realizada así lo exige, por la hazaña que supone dotar a una ciudad de cinco Museos a la vez, todos ellos interesantes y uno verdaderamente excepcional.